

SÁBADO
21 de octubre de 2023

EL PÁJARO CARPINTERO

8:10 a.m.

Hasta ese día, un asiático no despertaba la menor curiosidad en una ciudad como Ámsterdam y, Jiang, menos aún. Un tipo enclenque de baja estatura y diminutos ojos que se agrandaban de forma grotesca a causa del grosor de sus lentes. Un individuo parco en su vestimenta y en su estilo de vida, que no alardeaba de la menor ostentación. Como un poseso, trabajaba noche y día sentado frente a una pantalla de ordenador. Era inaudito que lograra recaudar tanto dinero y, más insólito aún, que esa riqueza no aflorara en ningún aspecto de su vida. A simple vista, Jiang denotaba ser un súbdito chino más entre esa comunidad de asiáticos que pululaban por la cosmopolita ciudad. Pero en el fondo, Jiang Wen era como un dios. Un rey de los tiempos de la red. Un elegido para reírse del resto del mundo.

Esa mañana corría una brisa fresca y él se dejó ver. El otoño volvía a impregnar la ciudad de esa atmósfera dulce y etérea, tan emblemática de la capital de los Países Bajos. Los canales resplandecían de nuevo con ese tinte dorado y los árboles comenzaban a despojarse de sus hojas de color ámbar, para tapizar las adoquinadas calles. Ahora, que la riada de turistas había desaparecido y los lugareños volvían a la rutina, Ámsterdam volvía a

hacer alarde de ser la ciudad más acogedora en su largo periodo otoñal. El rojo ladrillo de sus casas se fundía con los tonos ocres de los árboles, imprimiendo en la ciudad esa esencia que Van Gogh bien supo retratar.

A Jiang no era común verlo deambular por la urbe. Pocas veces se dejaba caer por el centro de Ámsterdam y, las veces que lo hacía, era para internarse al anochecer en Nieuwmarkt, la vieja plaza del barrio chino. Solía dormir en pequeños intervalos de tiempo, distribuidos a lo largo del día y la noche. Un búho en la oscuridad y un halcón bajo la luz del sol.

Hacía una eternidad que no observaba el bullicio matinal de la cosmopolita metrópoli. En su rostro se marcaban los signos de haber estado toda la noche en vela. Pero esa cita era obligada. Nadie le comunicó que debía presentarse allí a esa hora. Él lo sabía.

Atravesó la salida del famoso edificio neo-renacentista. Eran las ocho y diez de la mañana y se apostó incólume a los pies de la Estación Central, como si de una estatua de mármol se tratara. Una muchedumbre salía y entraba, en esos momentos de agitación, en la emblemática estación de la capital de los Países Bajos. Timbres de bicicletas y de tranvías se mezclaban, adornando con su peculiar soniquete la encantadora imagen de la ciudad.

Cubriendo su cabeza con un gorro de lana gris despeluchada y, embutido en un desgastado y anodino anorak de color azul marino, permaneció varado a los pies de la imponente fachada.

Pero esa mañana, Jiang si fue el centro de algunas

miradas. Por unos momentos, los que lo observaban de lejos y esperaban su llegada, pensaron que toda la operación se había ido al traste. Jiang miraba con detenimiento hacia el mismo lugar donde estaban apostados. Tres individuos en el interior de una berlina blanca de cristales tintados, mantenían sus miradas clavadas en el canijo súbdito chino. El que se sentaba en el asiento trasero era un corpulento hombre maduro de rasgos también orientales, de barba rala y de pelo corto canoso. Era, sin duda, el que lideraba ese encuentro y el que más información había logrado recabar del joven compatriota. Dos jóvenes lo acompañaban. Uno de ellos, sentado al volante, de cabeza rapada, bigote y perilla, fue el primero en avistarlo y en quedarse perplejo.

—Apuesto a que se lo han soplado —dijo el joven conductor.

—Imposible —repuso flemáticamente el cuarentón, escudriñando con los prismáticos el imberbe rostro del escuálido conciudadano. —Es muy astuto. Apostaría a que nos tiene colgados a los tres en alguna pared de su madriguera.

— ¿Crees que ha podido infiltrarse?, —preguntó atónito, el también joven acompañante del conductor, sin dejar de observar a Jiang. Un tipo robusto y con una larga cabellera negra, recogida en forma de coleta a su espalda.

—Creo que ese jodido chino conoce la agencia mejor que nosotros mismos —respondió de nuevo el cabecilla.

— ¿Insinúas que sabía que lo esperábamos?

—Es él, el que nos está esperando —respondió al tiempo que bajaba los prismáticos, mostrando una peculiar sonrisa. —Está bien, vayamos a su encuentro.

Los tres, salieron del níveo automóvil y se encaminaron hacia su presa esquivando el denso trasiego de vian-dantes. Jiang se mantenía incólume. Sabía que era mejor no ofrecer resistencia ante ellos. Conocía de sobra las credenciales de esos tipos y al organismo para el que trabajaban. De alguna manera, intuía que más tarde o más temprano pondrían sus ojos en él. Hacía días que las alarmas habían roto el sepulcral silencio de su escondrijo; una pequeña casita de campo a las afueras, a poco más de quince minutos en tren del centro de la ciudad. Un lugar tranquilo donde desarrollar su auténtico trabajo, ese del que nadie sabía nada. Landsmeer fue su elección; un municipio de apenas diez mil habitantes, situado al norte de Ámsterdam. Casitas multicolores de techos puntiagudos, decoraban el verde paisaje, regado por infinidad de canales. Y la suya, su morada, al final de un sendero y casi oculta por la frondosa vegetación.

Los tres individuos se detuvieron a escasos metros de él. Jiang no dudó en saludarlos al más puro estilo oriental. Dobló su cintura e inclinó sus hombros en señal de reverencia. Hoi-Shan, el maduro compatriota, se quedó por un momento extrañado, sonriendo y optó por responderle de la misma forma. De esa que ya casi había olvidado, la que había heredado de sus ancestros y que le resultaba ya obsoleta. No hubo el menor contacto físico entre ellos. La distancia se mantuvo a rajatabla. Los jóvenes acompañantes de Hoi-Shan mantenían una de sus manos ocultas bajo la solapa de sus negras cazadoras. Ellos no dudarían ni un segundo en abatir a Jiang,

si el encuentro se tornarse áspero. Al fin y al cabo, ese súbdito chino era un bienpreciado para los servicios policiales de muchos países. Nadie había logrado dar con él. Su foto en los más prestigiosos archivos policiales, se resumía en una simple silueta blanca sobre fondo gris. ¿Quién era?

Jiang Wen. Treinta y dos años. Nacido en una pequeña ciudad prefectura de la provincia de Hebei, en la República Popular China. Pequeña, pero sin duda poblada. Esa ciudad cuyo nombre significaba “Al norte del río amarillo”, fue su cuna y el crisol de más de setenta millones de habitantes. Un niño como otro cualquiera por aquellos entonces, salvo por su don. Una cualidad que dejaba asombrados a instructores y a todo aquel que lo conocía. Siendo adolescente fue enviado a Hong-Kong. Jiang era un diamante en bruto y había que tallarlo convenientemente. Pero los que pulieron su immaculado cristal se situaban al otro lado.

—Bienvenido a Ámsterdam, señor Hoi-Shan —dijo Jiang respetuosamente, sin mostrar la menor mueca en su rostro.

— ¿Hace falta que te los presente, o también los conoces?

—Sé incluso donde la meten, —respondió con arrogancia y sin mostrar la más mínima emoción.

—Oye, chino de mierda. No te pases ni un pelo —lo amenazó el tipo de la coleta, con sus ojos inyectados en sangre.

—Él pregunta. Yo respondo —replicó Jiang sin ame-

drentarse.

Hoi-Shan no pudo resistirlo y rompió a reír.

—Quiero mantener una charla amistosa contigo. Solo eso, —dijo después de reponerse de las carcajadas y recobrar la compostura.

— ¿Igual que la que mantuviste con Wu Long?

—Wu fue un estúpido. Espero que no cometas el mismo error.

Jiang bajó la mirada y, por unos instantes, se mantuvo en silencio. No cabía la menor duda de que esos tipos iban en serio. La SMS¹ no se andaba con rodeos. Cuando ponían los ojos en ti, las posibilidades de que nada cambiara en tu vida se reducían a cero. Jiang sabía que más tarde o más temprano, Wu Long se delataría. Una cadena se rompe siempre por el eslabón defectuoso, por el más frágil; y Wu lo era. No supo atenerse a las reglas. Su codicia y arrogancia hizo que destellara como un faro para los servicios de inteligencia de Pekín. Ellos habían conseguido llegar hasta él, llevando a Wu a niveles de sufrimiento impensables para cualquier ser normal. Ahora Jiang era el siguiente eslabón y la SMS no pararía hasta encontrar lo que buscaba.

Jiang asintió con un leve gesto de su cabeza y los cuatro se alejaron de la célebre y concurrida estación.

¹ *Ministerio de Seguridad del Estado de la República Popular de China. Equivalente al Servicio de Inteligencia de otros países.*



El Barbizon Palace era un hotel de prestigio y cercano a la Estación Central. En solo quince minutos, los cuatro súbditos chinos entraban en sus dependencias. Jiang deslizó su mirada por el amplio hall de recepción. Sus dos plantas diáfanas le otorgaban aún mayor majestuosidad. Algunos tipos convenientemente disfrazados de turistas, deambulaban por el marmóreo suelo ajedrezado, con muestras de satisfacción. Sus barrigas daban fe de haber engullido el oneroso desayuno. Jiang no lo mostró, pero mientras atravesaba el espacioso hall de recepción escoltado a un lado y otro, en su interior se desataba una sarcástica risotada. Tipos como esos, que se conectaban inocentemente con sus ordenadores a la red, eran su pasto. Gente de todas las clases sociales y nacionalidades, que no se percataban ni daban importancia al hecho de que sus ordenadores enlentecieran y se sobrecalentaran hasta casi quedar exhaustos. Sus máquinas zombis trabajaban a destajo, para resolver complejos algoritmos matemáticos, a los que ellos mismos eran ajenos.

Sí, el cegato asiático, era el propietario de todos esos ordenadores que trabajaban para él, como súbditos incondicionales en la clandestinidad.

Por un momento, Jiang se sintió abrigado en ese entorno. No era precisamente el lugar más propicio para torturar ni hacer desaparecer un cadáver.

La habitación se situaba en la primera planta. Era amplia y lujosamente amueblada. Al parecer, el gobierno de Pekín no había escatimado a la hora de presupuestar fondos en pro de su captura. Jiang valía su peso en oro, o al menos, sus desarrollos en materia informática.

Nada más pisar la mullida moqueta, el tipo de la coleta le abrió el grueso anorak y recorrió con sus toscas manos, su escuálido torso. No tardó en toparse con algo que abultaba en uno de sus costados.

—Bonito juguete —comentó refiriéndose al afilado machete, después de desenfundarlo.

— ¿Me permitís que abra la ventana?, —preguntó Jiang con respeto, mientras se deshacía de su gorro de lana y su anorak. —No estoy acostumbrado a este calor.

—Por supuesto, adelante —le respondió Hoi-Shan.

El canijo chino se acercó al ventanal, descorrió el pesado cortinaje y abrió de par en par ambas hojas. Esperaba encontrarse con la espléndida vista del edificio de la Estación Central, pero no fue así. Una alta pared de fondo, en un callejón fondeado por un canal, era todo lo que se podía divisar. Por unos instantes, su invisible vello se erizó y, desestimó por completo, esa sensación de calma que momentos antes había sentido.

Hoi-Shan se sentó en una de las sillas frente a un pequeño escritorio lacado en negro e invitó a Jiang a que tomara asiento a su lado. El flacucho cegato lo hizo,

mientras desviaba su mirada de reojo hacia los dos lobeznos. Ambos se habían despojado de sus cazadoras y eran bien visibles las negras y brillantes Tokarev enfundadas en sus sobaqueras.

Zhao desató su coleta, y la larga y azabachada cabellera cayó sobre sus hombros. Desenfundó la pistola y le atornilló el silenciador. Jiang comenzó a sudar y su semblante se tornó aún más rígido.

—Tranquilo, —dijo Hoi-Shan. —Son buenos cachorros. Por el momento no debes de temer nada.

— ¿Desde cuándo la SMS se interesa por las *tríadas*? —preguntó Jiang intentando sobreponerse.

—Desde que os habéis convertido en *cibercélulas*.

Jiang se mantuvo en silencio y mirando al enviado de la agencia con frialdad.

—Verás, los intereses de Pekín jamás se han enfrentado con los vuestros. Al gobierno no le interesa la diáspora *Han*. Mientras no piséis suelo de la república, nos da igual la forma en que os ganéis la vida. Créeme, no es nada personal. No queremos problemas con la organización. Reconozco que sois una sustanciosa fuente de ingresos para el país. En cierto modo, casi os aprecio.

— ¿No queréis problemas? —replicó Jiang. —Mi gente está inquieta. Habéis derramado sangre.

—No había otra forma —contestó flemáticamente Hoi-Shan. —Ese niño de Wu Long era un engreído y un cabo suelto para vosotros, al fin y al cabo.

Las *tríadas*. Así se denominaba a la organización criminal china. Su modelo de estructura, muy distante de las mafias occidentales, se organizaba en grupos de tres individuos. Solo un integrante de cada célula estaba conectado jerárquicamente con otro grupo. Una fórmula muy eficaz para ocultar la identidad de los componentes del resto de la organización. El tráfico ilegal de personas, la prostitución y, por supuesto, el tráfico de drogas, eran los negocios a los que tradicionalmente se dedicaba esta vasta red, en grandes ciudades de los cinco continentes. Gran parte de la organización mafiosa estaba compuesta por esa diáspora o dispersión de grupos étnicos, que había abandonado su lugar de procedencia: La República Popular de China. Y entre ellos, la etnia *Han*.

Ámsterdam no solo era un enclave más de la banda criminal. La "Venecia del Norte" constituía la sede europea de la facción más secreta y silenciosa de dicha organización. Un clan con más de cincuenta mil criminales esparcidos por toda la geografía mundial, y que llevaba por nombre: *14 kilates*.

Jiang Wen formaba parte de una de esas *tríadas* operantes en Ámsterdam. También lo era Wu Long y, un tercero, al que llamaban Woodpecker, "Pájaro carpintero". Era este último, el enlace con otra célula operante, también en la ciudad de los canales, y la pieza clave que el Servicio de Inteligencia chino buscaba de forma acuciante.

—Yo no me dedico al negocio tradicional —dijo Jiang. —Solo soy un minero². Entrego buena parte de

² Minería de criptomonedas.

mis ingresos a la organización y, el resto, lo envío para daros de comer a vosotros.

— ¡Que enternecedor! —dijo Hoi-Shan, y sus dos acompañantes se rieron. —Sabes Jiang, me importa un carajo el dinero que te embolses robando en la minería ilegal. Es más, aplaudo la forma con la que lo haces. Pero no es eso lo que buscamos.

La llamada minería de criptomonedas, resultaba ser un negocio altamente rentable y legal. La mayoría de mineros de criptodivisas, eran chinos que trabajaban a destajo veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Su trabajo: mantener unos equipos llamados “bots” que resolvían complejos puzzles criptográficos, de una deliberada y enorme complejidad, para que la red fuera segura. Toda transacción de *bitcoin*, se resolvía en alguna “granja de minado”, y su propietario recibía a cambio una cantidad de 12,5 *bitcoin*: Unos 30.000 euros al cambio.

Pero el problema de esas granjas que pugnaban entre ellas por resolver y hacer efectivas y seguras esas transacciones en la red, era el gasto en energía. A la enorme inversión inicial en equipos, había que sumar el coste energético que conllevaba. Cada transacción de *bitcoin* suponía el equivalente al consumo de un hogar medio estadounidense, en un día.

Jiang decidió no invertir ni un solo céntimo en su vasta granja y, por supuesto, no pagar en electricidad más allá de lo que consumía su cafetera, a la que por cierto, no dejaba descansar.

Mediante un criptovirus, un malware que no desea-

ba nada de publicidad, sino ser silente en un ordenador, Jiang reclutaba máquinas que harían el trabajo de minado de forma efectiva y gratuita. Todo un alarde de astucia e ingeniería informática.

—Buscáis más alto, ¿no? —preguntó Jiang.

—No, no. No pretendemos llegar a la cúspide. Como te he dicho, no buscamos enfrentamientos más allá de los estrictamente necesarios.

— ¿Qué queréis de mí?

—Dos cosas. —Hoi-Shan desvió la mirada hacia Hsien y, este, abrió un maletín que descansaba sobre la cama.

Jiang se quedó mirando como Hsien, el pupilo de cabeza rapada, depositaba un ordenador portátil sobre el escritorio negro.

—Pekín ha seguido tus pasos —continuó el cabecilla. —Lo creas o no, también tenemos buenos *sombreros* allí, en la tierra que te vio nacer y que abandonaste.

—Nunca lo he dudado.

—De hecho —prosiguió Hoi-Shan, —Hsien es un *sombrero gris* muy avezado. ¿No es así?

—Vamos Hsien, tu sombrero es tan negro como el mío. O quizás más aún —replicó Jiang.

—Cálmate —le aconsejó el cabecilla. —El color solo te lo da el bando en el que estés. Y tú estás en el lado equivocado.

Hacia ya bastantes años, que en el seno de la comunidad hacker, se habían acuñado tres términos para diferenciarse entre ellos. Atendiendo a los intereses personales y, sobre todo, a sus intenciones, se hablaba de sombrero blanco, gris, o negro. Un sombrero blanco era aquel que aún mantenía una cierta ética en su labor de hacker. Solían ser reclutados por empresas con el fin de salvaguardar sus sistemas informáticos de agresiones del exterior. Los grises se encontraban en la linde entre el bien y el mal. Podría decirse que actuaban como auténticos mercenarios a favor del mejor postor. Y por último, los negros, eran los auténticos crackers; individuos que sin piedad ni la más mínima contemplación, rompían sistemas de seguridad, colapsaban servidores y penetraban en zonas restringidas, infectando la red. Jiang Wen era claramente de tinte muy oscura.

Hoi-Shan cedió la palabra a Hsien con un simple gesto.

—Sabemos que has construido una *BotNet*.

Jiang bajo de nuevo la mirada. Su bien más preciado, ese en el que llevaba años trabajando, estaba a punto de cambiar de propietario. Mediante una compleja red de robots informáticos, el experto hacker había logrado crear una red privada virtual, labrando túneles en la inmensa y vasta Internet Profunda. Esa técnica, el *tunneling*, le había permitido horadar en millones de sistemas de gran calado.

—No está probada aún.

—Jiang, no nos tomes por estúpidos —replicó Hsien.
— ¿Acaso se pueden hacer pruebas con una red de ese

calibre y con los objetivos a los que has apuntado?

—No estoy autorizado para entregar lo que me pedís. La organización no parará hasta liquidarme.

— ¿Y qué crees que ocurrirá si no lo haces?, — replicó Hoi-Shan. — ¿Piensas que nos iremos de aquí sintiéndonos defraudados? ¡Vamos Jiang!, el gobierno te suministrará protección. Volverás a Hebei y podrás dormir tranquilo sobre un mullido colchón de yuanes. Una nueva vida, míralo así.

Jiang se quedó pensativo. Por su mente desfilaron, en segundos, todos esos años que había dedicado a construir esa telaraña dentro de la red de redes. La organización para la que trabajaba ya no se contentaba con los beneficios derivados de la minería de criptomonedas. Grandes infraestructuras de gobiernos y países, eran los nuevos puntos de mira. La extorsión y el chantaje a gran escala prometían ser el futuro de los ingresos de la mafia china y, más en concreto, del clan *14 kilates*, que pretendía hacerse con la supremacía dentro de ella. Jiang Wen siguió estrictamente las normas que le habían dictado sus superiores. Noche tras noche, fue labrando un mapa con las infraestructuras críticas de Estados Unidos y Europa. Diseñó un *bot silente*; un código informático que labró un túnel virtual hacia esas estructuras que sostenían el más básico estado del bienestar en la sociedad occidental. Centrales eléctricas, suministro de agua potable, sistemas de control en medios de transporte, estaban entre los objetivos encomendados. No cabía la menor duda, de que dejar sin electricidad o sin agua a una ciudad, prometía pingües beneficios a la hora de exigir mediante el chantaje.

Jiang no se apoderó de ordenadores personales de gente corriente, convirtiéndolos en zombis para sus propósitos. Ahora, esas infraestructuras críticas, manejadas por sistemas autónomos enganchados a la red, eran las víctimas.

— ¿Para qué quiere el gobierno mi red?

—Jiang, esa empresa es de demasiado calado para la mafia. No podemos permitir que pongáis en peligro la estabilidad geopolítica. No corren buenos tiempos en las relaciones con occidente, y tú lo sabes. ¿O es que no lees las noticias? Eso podría desencadenar una crisis de resultados impredecibles. Pretendíais jugar con fuego. Dime, —dijo Hoi-Shan acercando su rostro al del joven miope. — ¿Has llegado a horadar instalaciones gubernamentales y militares?

Jiang se tomó su tiempo y, al final, respondió de forma afirmativa.

— ¿Centrales nucleares?

—Algunas.

— ¿Y Servicios de Inteligencia?

Jiang no contestó, pero como dice la célebre frase, "el que calla otorga".

—Vamos hijo —dijo Hoi-Shan. —Descarga ahí el código y libérate de ese peso. Solo así podremos dormir tranquilos.

Jiang encendió el ordenador y, mientras trataba de extraer del bolsillo de su pantalón un pequeño dispositi-

vo de memoria, Hsien le conectó un teléfono móvil. La conexión era ya segura. Su mano tembló, cuando Jiang pinchó en otra de las ranuras el dispositivo. Al instante, un complejo interface de usuario apareció en pantalla; algo que solo él podía y sabía manipular. Jiang se había conectado al complejo sistema instalado en su guarida. Toda la estructura de su trabajo, incluidos códigos y claves de acceso, fueron copiados. Hsien se dispuso a verificarlas, una vez que este dio por concluida su labor.

Durante algo más de media hora, el silencio en la habitación fue abrumador. Hsien Yang, un experto hacker mercenario al servicio del gobierno de Pekín, escudriñó el secreto código informático y toda la estructura de la red horadada. Sus ojos no podían dar crédito. Ese escuálido enano miope había logrado traspasar los más sofisticados sistemas de seguridad; esos que parecían ser impenetrables.

Hsien se quedó sorprendido al presenciar el listado de objetivos que habían sido violados y que, en cualquier momento, podrían ser manipulados por un elemento que aún faltaba por obtener. Una liebre que atravesaría ese entramado de túneles, insertándose en los sistemas informáticos más críticos de países y organismos gubernamentales.

—Es realmente genial —comentó después de analizar todo el entramado de código y de introducirse, sin el menor obstáculo, en el sistema del Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson.

—¿Qué es? —preguntó Hoi-Shan.

—Atlanta. Estoy dentro del sistema de control del

aeropuerto más transitado del mundo.

—Quiero inmunidad total en este asunto —dijo Jiang.

—Por supuesto, —le respondió Hoi-Shang sonriendo. —Pero aún falta un último requerimiento.

—Ahí está todo —dijo Jiang mostrándose ya inquieto.

El sordo sonido de la Tokarev resonó en el silencio de la habitación. A Jiang apenas le dio tiempo a percatarse del dolor. Solo cuando descendió su mirada, se quedó atónito al ver como la sangre regaba la mullida moqueta blanca. Casi tuvo un amago de perder la conciencia, pero el fino y penetrante dolor, lo reanimó. Una de sus piernas había sido atravesada. Posiblemente jamás volvería a caminar sin ayuda de unas muletas, pero eso era ahora lo menos importante. Hsien extrajo, con parsimonia, el cinto de su pantalón y se lo anudó con fuerza por encima de la rodilla.

—En serio, detesto la violencia —dijo Hoi-Shan. —Además, vamos a dejar la habitación llena de porquería, si es que insistes en no cooperar.

Jiang cerraba los ojos con fuerza tratando de soportar el punzante dolor. Sabía que si gritaba lo más mínimo, el siguiente proyectil iría directamente a su garganta. Se asió al escritorio con las manos, tratando de no desfallecer. El mareo presagiaba que la pérdida de conciencia se adueñaría de él de un momento a otro.

— ¿Dónde está ese al que llamáis Woodpecker? —preguntó Hoi-Shan al tiempo que levantaba la cabeza de

Jiang.

—En Nieuwmarkt —respondió tras unos segundos y con intensa agitación en su respiración.

Hsien se agachó y apretó con fuerza el, aún humeante y caliente silenciador de la pistola, contra el orificio labrado en la pierna. Lo giró en un sentido y en otro, tratando de agrandararlo. Jiang no gritó, pero las lágrimas brotaron de sus diminutos ojos.

—Hay un restaurante chino en la plaza —dijo sollozando. —Se llama Shi Yuan.

— ¿Sirven bien el pato laqueado? —preguntó Hoi-Shan mientras encendía un cigarrillo con parsimonia.

—Pregunta por Frankie y di que vas de parte mía. — apenas pudo balbucear.

—Excelente.

Jiang suspiró, confiando en que todo hubiera acabado. Esos individuos ya tenían lo que buscaban. Con suerte, desaparecerían de allí tal y como aparecieron; aunque él quedara tullido para siempre. Pero no fue así. Hoi-Shan se tomó su tiempo mientras lo observaba y apuraba las últimas caladas del cigarrillo.

—*Operación Arco Iris* —pronunció en tono seco y sin dejar de mirarlo.

— ¿Qué?

—*Operación Arco Iris* —volvió a repetir Hoi-Shan.

—No sé de qué me hablas —respondió con lividez

cadavérica en su faz.

El silenciador de la Tokarev se posó en el cenit de su cabeza y Hsien deslizó hacia atrás el percutor.

—Por última vez Jiang Wen, ¿Que sabes acerca de la Operación Arco Iris?

El joven asiático jadeaba y el sudor resbalaba por su frente, haciendo que las lentes de sus gafas se empañaran.

—Yo no he hurgado en eso. Solo he visto ese nombre en una carpeta encriptada.

—Entiendo. ¿También habías labrado un túnel en los servicios de inteligencia de tu país?

—No fue mía la idea. Lo juro.

— ¿Quién más conoce acerca de esa carpeta?

—Solo Frankie. Fue él quien insistió en que hackeara al SMS. Quería estar seguro de que no nos seguáis los pasos. El negocio estaba bien planeado y temía que algún servicio de inteligencia supiera más de la cuenta.

— ¡Muy hábil! —dijo sin dejar de observarlo. —Bien, creo que ya hemos terminado. Siento de veras lo de tu pierna, pero aún te permitirá desaparecer.

—Lo prometo. De verdad.

—Por cierto, una última petición.

Jiang levantó la mirada con muestras de súplica.

—Nos gustaría llevarnos un recuerdo. Una foto tuya.

Ya sabes, para los archivos del SMS. Estos burócratas son así.

Jiang pudo difícilmente ponerse en pie y se dirigió cojeando hacia el ventanal, tal y como le indicaron.

—Sabes Jiang, es una pena que tu obra se reconozca algún día a título póstumo.

El joven cegato apenas tuvo tiempo de nada. Solo miró a Hoi-Shan con cara de espanto. Apostado en la ventana, con el rostro sudoroso, blanquecino y desencajado, recibió otro impacto. Un certero y sordo disparo entre las cejas, que le hizo dar la voltereta hacia atrás y caer como un saco inerte en las aguas del canal.



Ese sábado, a las diez de la mañana, la plaza Nieuwmarkt era un hervidero de gente. Demostraba ser sin duda el epicentro de la Chinatown de Ámsterdam, y así lo atestiguaban los nombres de sus calles escritos en chino. Solo el llamativo y encantador edificio De Waag, puerta de entrada a la ciudad en el medioevo y café-restaurant adornado con más de trescientas velas en la actualidad, desentonaba con la multitud de comercios y restaurantes asiáticos.

La berlina blanca se detuvo en la misma puerta del

Shi Yuan, un edificio de tres plantas engalanado con multitud de bombos rojos y grandes escaparates, luciendo el apetitoso pato laqueado. Hoi-Shan se bajó del vehículo y, escoltado por sus dos cancerberos, se dirigió hacia la ostentosa y decorada puerta de entrada al local. Un tipo de casi dos metros de estatura y fornido, se mantenía apostado a la entrada. Los miró a través de sus gafas negras, como marcándolos, y no hizo el menor gesto. Ya en el interior del local, fueron educadamente recibidos por una madura mujer de rasgos orientales. Hoi-Shan fue directamente al grano. Pronunció el nombre de Frankie y el de Jiang. La asiática, vestida de rojo hasta los tobillos, los acompañó hasta la tercera planta. A esas horas de la mañana el local estaba vacío. Solo el rancio olor de la cocina, los acompañó.

Al fondo, en un rellano, otro tipo parecía dormitar sentado en un diván de terciopelo escarlata. Sobresaltado, se despertó y se puso en pie al oír los pasos. Por unos instantes, el alto y enjuto chino, un tipo de mirada vidriosa y con una larga trenza anudada en su barbilla, se quedó mirando a la comitiva sin decir palabra.

—Han preguntado por Frankie —dijo ella.

— ¿Qué coño queréis?

—Que sea él quien nos sirva el pato —dijo Zhao cogiéndolo de la coleta y presionando con la boca del silenciador en la podrida dentadura del cadavérico esbirro.

Zhao no le otorgó ni un segundo más. Disparó sin contemplación y las salpicaduras de sangre le embadurnaron todo el rostro. El larguirucho tipo cayó desplomado al suelo y, un segundo y sordo disparo, le alojó un

nuevo proyectil a la dama en plena sien.

Hoi-Shan abrió las dos hojas de la puerta con solemnidad y se adentró en el espacioso despacho. Sus dos acólitos lo siguieron arrastrando cada uno de ellos uno de los cadáveres, dejando un reguero de sangre tras sus pasos.

Frankie Chan estaba sentado en medio de una especie de altar y rodeado por varias pantallas de ordenador. La habitación estaba en silencio. Solo el insólito y vertiginoso repiqueteo de sus dedos sobre uno de los teclados, ponía sonido de ambiente. Se giró con el sillón y esgrimió una sonrisa al ver el espectáculo.

Hoi-Shan le respondió de la misma forma, mientras observaba con detenimiento al insólito personaje; un tipo obeso, mofletudo y de párpados hinchados, que apenas dejaban entrever sus achinados ojos. Su nariz, pequeña y aplastada, le confería el aspecto de un cerdo, dejando bien visibles de forma grotesca, los orificios nasales. Dos largos y onerosos pendientes labrados en oro, intentaban disimular su bufona faz.

— ¿Ya os habéis desecho de Jiang? —preguntó con aplomo.

—Hola Frankie —dijo Hoi-Shan sentándose junto a él. —Ahora entiendo por qué te llaman "el pájaro carpintero".

—No creo que hayas venido solo por eso.

—No. Por supuesto que no. Nos falta aún una pieza.

—Anoche me alertó Jiang. En un principio no le di

demasiada importancia. Craso error por mi parte. Últimamente se comportaba como un paranoico. ¡Ya sabes!, en esta profesión el ladrón acaba por pensar que todo el mundo es de su misma condición. No podía creer que el gobierno estuviera escudriñando a *14 kilates*. Me hubiera creído que fuera el clan de los Sun Yee On³, el que tratara de adueñarse de nuestro nuevo modelo de negocio.

—Ya ves. Resulta que Jiang tenía razón. Como dice un viejo proverbio: "una hoja ante los ojos impide ver la montaña Taishan".

—Sí, es cierto. Tan cierto como la propuesta que llevas ahora mismo en tu mente.

—No hay propuesta Frankie —replicó Hoi-Shan encendiéndose de nuevo un pitillo.

— ¿Piensas que voy a ofrecértelo así, sin más?

—No, por supuesto que no. Antes debes instruir a mi pupilo.

Frankie Chan rompió a reír a carcajadas y Hoi-Shan se mantuvo impasible dando largas caladas al cigarrillo.

—*14 kilates* no se va a quedar impasible. Y tú lo sabes. ¿Crees que tu familia y la de esos dos mal nacidos podrán dormir tranquilos?

³ *Sun Yee On (Nueva Virtud y Paz)* es la más grande, con unos 50.000 miembros. Está considerada como la mafia más poderosa del mundo.

—Frankie, nadie sabe quién está detrás de todo esto. Tú mismo lo has dicho. Jiang era un paranoico y tú no has dado la voz de alarma. No habéis tenido tiempo. En la red no quedará el mínimo rastro de la SMS. Todo ha sido un ajuste de cuentas entre clanes. La guerra es vuestra. Unos cuantos chinos destrozados en las calles de Ámsterdam. Solo eso.

— ¿No piensas ofrecerme una oportunidad? — preguntó Frankie más sosegado y en tono de súplica. — Puedo desaparecer de aquí. Aún mantengo buenos contactos.

Hoi-Shan no respondió. Su hacker mercenario se aproximó con el maletín. Lo abrió y extrajo de nuevo el ordenador portátil. Lo conectó al sistema y se dirigió a Frankie.

— ¿Cómo se llama?

—Alexia —contestó sin vacilar.

— ¿Qué es?

—Un gusano con *bomba lógica*.

—Pasa el código.

Frankie se giró en su sillón y, el armonioso y vertiginoso repiqueteo, volvió a inundar la estancia.

—Te agradecerá saber, que no he divulgado nada acerca de esa operación que el gobierno de Pekín mantiene en secreto —dijo el seboso individuo mientras continuaba tecleando sin parar.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Creo

que esta noche, yo y mis acólitos dormiremos tranquilos.

Frankie no respondió. Se limitó a copiar esa excelsa labor de trabajo que le había llevado años programar y, girándose hacia Hoi-Shan, le sonrió.

Después de que Hsien comprobara la veracidad del código y diera el visto bueno, los tres agentes del SMS se otorgaron un pequeño festín. De alguna manera, había que firmar ese excelente trabajo, para que tuviera el tinte de la mafia. Y cuando concluyeron, los tres salieron del local de la misma forma que entraron, solo que esta vez Hoi-Shan tuvo la deferencia de despedirse del hombre que inútilmente guardaba la entrada. Le cogió una de sus manos y le depositó los dos majestuosos pendientes que solía llevar su amado jefe. Este no dijo nada, solo se quedó perplejo viendo como subían al vehículo y desaparecían de la famosa y concurrida plaza.

Horas más tarde, el cadáver de Frankie fue trasladado al tanatorio anatómico-forense de Amsterdam y, con él, su más preciada reliquia, ese teclado en el que repiqueteaba como un pájaro carpintero. Las yemas de sus dedos habían sido peladas hasta el mismo hueso y pegadas, una a una, a varias de sus teclas. Hubo que enterrarlo así. Quizás fuera su último deseo.